

Universale – Mar Hernandez

Ashraf Jamal

Solastalgia (del latín *solacium* y la raíz griega *algia*) expresa una "angustia emocional o existencial causada por el cambio ambiental". Paul Bogard titula su libro, *Solastalgia*, "una antología de la emoción en un mundo que desaparece". Una especie de nostalgia, la emoción habla de pérdida, pero también de retención -lo que se mantiene, lo que sobrevive- y, como tal, no tiene por qué entenderse de forma negativa o patológica.

Es en este modo y estado de ánimo más optimista en el que hay que considerar las intervenciones en fotografías mediante dibujo de Mar Hernández. En la exposición titulada *Universale*, la artista cruza instintivamente las fronteras, obligándonos a considerar el impacto psíquico, físico y emocional de la destrucción, especialmente la de lo que consideramos "hogar". Lo que le importa es el ladrillo y el mortero, y la huella dentro de aquello que genera un espacio y un lugar personalizados: una silla, una mesa, retratos, un cuenco, el suelo y su huella humana, el silencio que se aferra en una caída, alguna pérdida, ya sea privada o política.

No estoy seguro de que Hernández pueda aceptar sin reparos la opinión del antropólogo francés Victor Segalen de que "las casas y los templos siguen siendo tiendas de campaña y plataformas, a la espera de que parta la procesión". Y creo que tampoco aceptaría la opinión de la novelista de Alemania del Este, Jenny Erpendeck, de que uno debe abrazar la ruina, convertirse en un "nostálgico de la tristeza". En las obras de Hernández se percibe la potencia de estar, *in situ*, con el desasosiego. Su arte no es absurdo ni surrealista, ni mucho menos cínico. No es victimismo lo que se percibe, sino compasión; una conexión umbilical, a través del tiempo y el lugar, y, en la conexión, *la creación de una nueva psicogeografía: una que une la pérdida, dignifica la confianza en uno mismo, acepta la universalidad de la fragilidad.*

La técnica es cartográfica -una cartografía del lugar- que se superpone o subraya con detalles realistas más elaborados. Uno piensa inmediatamente en el *pentimento*, en una radiografía, en una arqueología de las huellas, en una coreografía de lo visible y lo invisible. El hecho de que Sigmund Freud utilizara la metáfora arqueológica para describir el inconsciente, amplifica aún más la búsqueda de la artista para encontrar, en un hogar extraño y distanciado, una psicología del lugar, la casa como una mente, un corazón, un alma que, aparentemente evacuada, vaciada, mantiene sin embargo un pathos aurático y magnético.

La melancolía suele asignarse a este tipo de escenas. Walter Benjamin describió las desoladas fotografías de Eugene Atget como escenas de un crimen. Esto es cierto, sólo en la medida en que se acepte la precipitación de una violencia cruel. La desolación, en sí misma, no es automáticamente un estado negativo. Uno puede estar vacío para reponerse. Un vacío puede ser el cimiento de una estructura.

Si un estado de ánimo fantasmal parece impregnar los cuadros y dibujos de Mar Hernández, es porque la historia duele, porque no se puede suponer la novedad como solución. Podemos pensar que se ha borrado el pasado; pero, aun así, sigue siendo legible. Esta es la lección del gran filósofo argelino-francés de la posguerra, Jacques Derrida: volvemos, nos persiguen.

Al saber que la vida doméstica moderna está profundamente influenciada por el diseño, que a cada paso se nos invita a reevaluar nuestro gusto, la atmósfera del hogar que queremos habitar, incluso el arte que deseamos para nuestras paredes, Hernández nunca permite que la ironía, infecten nuestras pasiones. Una casa, para ella, sigue siendo un lugar sagrado, sin importar la fragilidad de las paredes, el temblor del suelo bajo ellas, los disparos a la psique de sus habitantes. Cuando contemplamos una obra suya, no nos encontramos con un oscuro ajuste de cuentas. La pérdida en sí misma no es oscura: es inevitable. Sabiendo esto, Mar Hernández no es fatalista. Al contrario, dada la penumbra que nos rodea, nuestros mundos azotados por la ansiedad, quizá lo que ella nos ofrece es una verdad benéfica, una dificultad presentada de forma elegante.